

Una Plegaria a la Luna

Le cuento esta historia a la luna para ver si me da fuerzas para enfrentarme a lo que esta allá afuera. Me llamo Utö y tengo 16 inviernos. Todo pasó en un abrir y cerrar de ojos. Los clanes que estaban dispersos por las islas se encontraron reunidos ante la necesidad imperiosa de sobrevivir, mientras quienes ya no estaban con nosotros estaban con los invasores brillantes o formaban parte de la tierra una vez más.

Grandes nubes se desplazaban, rompiendo la neblina que cubría el mar camino a las costas. Mi curiosidad crecía a cada instante y los ancianos no terminaban de poder explicar el suceso. Tomé mi canoa y me acerqué a las islas del norte donde las nubes se habían detenido. Al llegar, pude ver grandes figuras parecidas a nosotros, pero envueltas en pieles brillantes, en un principio me sentí maravillada, nunca había visto nada igual. Ahora mismo el olor nauseabundo de la muerte que me acompaña me aleja enormemente de ese sentimiento.

El contacto de mi gente con los seres brillantes parecía marchar bien, les ofrecieron los mejores moluscos de la pesca del día, pero para ellos pareció ser un insulto. Mi sangre se heló en el momento en que Kiwiki, el líder del clan, bajó su cabeza violentamente empujada por la una mano mucho más grande que él. El ser brillante alzó una rama reluciente y sin una sombra de duda, enterró la rama en el cuello de Kiwiki. Mis manos atraparon un grito de horror mientras veía como los seres brillantes se transformaban en bestias y desgarraban la carne de los isleños.

Corrí con todas mis fuerzas de vuelta a la canoa, cuando de pronto siento el golpe de un elemento tosco en mis piernas y veo una figura brillante abalanzarse sobre mí. Aún recuerdo los golpes en mi cara. Con las fuerzas que me quedaban logré hacerme con una roca y golpear la cara del brillante ser. Cayó de inmediato, de su mandíbula corrida por el golpe brotaba lo mismo que salía de nosotros cuando nos hacíamos heridas. Jamás había remado tan rápido, las lágrimas no dejaban de correr por mi cara y el olor a sangre pegado en mis ropas me causaba un miedo que jamás había sentido.

Ahora, querida luna, me veo a mí misma transformándome en un ser brillante, despegando las placas del cuerpo frío de una de estas bestias, encerrada en una habitación de las grandes nubes que asaltamos frente a tus brillantes ojos, tomaré su rama reluciente mientras espero a ser una con la tierra.

Antonia Cárdenas